

S.O.S.

PRÓLOGO

El sol se ponía en el horizonte y la suave brisa veraniega acariciaba la bronceada piel de Liz. Sus grandes ojos estaban cerrados, pero no estaba dormida. Los abrió y miró hacia la carretera mientras jugaba con su largo pelo castaño. Sus amigas estaban dormidas, había sido un divertido pero agotador día de playa. Miró hacia ellas; Susie, Hannah, Alice y Melanie.

El padre de Melanie había puesto la radio en la que sonaba la canción *Don't worry, be happy*. Pensó en todo el tiempo que había pasado desde que habían empezado a ser amigas, en todo lo que habían vivido, los malos y los buenos momentos. El viaje a Italia, todas las fiestas de cumpleaños, las Navidades, los veranos, los chocolates calientes en invierno... "Después de todo, las quiero muchísimo.", pensó Liz, "Siempre seremos amigas, siempre, por muy cursi o infantil que suene". Y era verdad, amigas como ellas quedaban muy pocas.

Llegaron a un tramo arbolado, donde la carretera estaba gastada y la luz del sol apenas penetraba entre las ramas de los árboles. Liz miró a sus amigas. A su lado estaba Susie; que en opinión de Liz era muy guapa, aunque ella no opinaba lo mismo. Con sus ojos azules claros, mezclados con algo de verde, su pelo negro como el azabache, su piel blanca y sus labios rojos, parecía como si a Blancanieves la hubieran sacado de su cuento de hadas.

A su izquierda, estaba Alice, que era escandalosa, pero siempre estaba al lado de sus amigas en las buenas y en las malas; como Susie, Alice tenía el pelo negro, corto, pero sus ojos eran de color castaño oscuro. Sentada delante de Alice, estaba Hannah, divertida, imaginativa y extrovertida, al igual que reflexiva. Tenía el pelo rubio trigo, unos ojos que a Liz le fascinaban, verdes con pequeños surcos marrones, y piel pálida con alguna que otra peca. Por último, al lado de Hannah estaba Melanie, una de las personas más buenas y divertidas que Liz había conocido en su vida, aparte de una gran amiga en la que siempre confiaban. Su pelo era castaño, con destellos rubios al exponerlo al sol, al igual que sus ojos; su piel estaba también bronceada, pero Liz ganaba a todas en ese aspecto.

-Estaban cansadas según veo, ¿verdad? -la voz del padre de Melanie interrumpió los pensamientos de Liz.

-Si, nos lo hemos pasado muy bien, y nos hemos levantado muy temprano para prepararlo todo.

-Pues que sigan durmiendo, porque hasta Nueva York aún queda bastante. Una hora y media como mínimo. -Liz no respondió, sino que volvió a mirar a la carretera.

Llegaron a un tramo de curvas pronunciadas. El padre de Melanie estaba acelerando demasiado, pero nadie se daba cuenta. Todo pasó muy rápido. Liz gritó pero su grito quedó ahogado por el ruido de los neumáticos intentando parar. No hubo forma de evitarlo, el coche derrapó fuera de la carretera, dió una vuelta y se quedó boca abajo. No se escuchaba ruido alguno, incluso el viento había dejado de soplar.

...

Biip, biip, biip, biip...

Me desperté con el ruido del electrocardiograma. Busqué a tientas el despertador que

estaría colocado en mi mesilla, pero no encontré nada. Abrí los ojos. Por los colores blancos y grises de la habitación deduje que estaba en un hospital.

Me toqué la cara; me dolía por lo que presentí que tenía unos cuantos moratones, al igual que en la cabeza. Tenía la mano izquierda vendada, y también sentí una leve presión en el pecho. Lo tenía vendado, probablemente me había roto alguna costilla. Intenté incorporarme, pero mi pierna derecha me pesaba mucho, la tenía escayolada. Miré a la derecha; mi madre estaba allí, adormilada, ya que seguramente se había pasado la noche a mi lado. La llamé con voz quebrada. Después de unos segundos, abrió los ojos por fin.

-¡Liz! ¡Oh, Dios mío, por fin has despertado! -histérica, salió de la habitación y llamó a gritos a la enfermera. Rápidamente una chica morena de ojos claros se presentó en la habitación y pidió a mi madre amablemente que no gritara. La joven enfermera se acercó a mi y me preguntó cómo me encontraba, si me dolía algo (pregunta cuya respuesta fue bastante larga, yo era verdaderamente quejica) o si tenía hambre o sed.

Después de comerme un sandwich de jamón y queso, y de beberme una botella entera de agua, vino una doctora que me examinó las heridas.

-Liz; ¿puedo llamarte Liz? -asentí- ¿te acuerdas de algo de lo que pasó el día del accidente? -preguntó mientras me cambiaba la venda de la mano.

-No, no me acuerdo de nada. Me acuerdo de que estaba en la playa...pero después de eso no recuerdo nada más.

-Bien, no pasa nada, pero debes hacer un esfuerzo. Esto ya está. Ahora descansa y veamos si mañana puedes recordarlo, ¿vale? -asentí, y me tumbé hacia atrás. Aún no era de noche del todo pero yo estaba agotada pese a haber estado inconsciente durante dos días. Pronto mis sentidos fueron apagándose uno a uno.

Dormía plácidamente, hasta que empezó mi sueño, o mejor dicho, mi pesadilla. El recuerdo vino a mi golpeándome como un chorro de agua fría. Recordé la tarde en la playa, el tacto suave de la arena, la brisa en mi cara, la puesta de sol y mis ojos cerrados; recordé aquellos árboles al pie de la carretera, y aquella curva, aquella curva fatal...y escuché mi grito. En ese momento me desperté, gritando. Las lágrimas fluían por mis ojos al recordar como el coche se había quedado boca abajo. Apenas podía respirar. Mi madre, que dormía en la cama que estaba junto a la mía, también se despertó nerviosa.

-Liz, Liz, ¿qué te ocurre? -yo no contesté, no podía, había sido algo demasiado impactante para mí.- Liz, tranquilízate, no ocurre nada, sólo ha sido una pesadilla. -ojalá todo hubiera sido una pesadilla, pero yo sabía que era real.

La doctora llegó pocos minutos después.

-¿Lo has recordado Liz? -asentí- ¿Te gustaría contármelo? -esta vez negué, mordiéndome el labio inferior para evitar que las lágrimas fluyeran de nuevo.- Está bien. Ahora tómate esto, te ayudará a dormir. Mañana ya verás como estás mejor.

Me dió una pastilla blanca y un vaso de agua, y me la tragué a regañadientes. Tomar somníferos no me gustaba nada. me acurruqué en la cama, en forma de ovillo, abrazando la almohada, como siempre dormía cuando era pequeña y tenía miedo. Esperé a que la pastilla hiciera sus efectos. Decidí poner la mente en blanco para evitar pensar en las consecuencias que el accidente había tenido sobre mis amigas.

Caí en otro sueño. Era invierno y todo Nueva York estaba nevado. Yo tenía cuatro años, y estaba jugando en la nieve con Mel y Susie. Ese había sido el día en el que todas nos conocimos.

-¡Aaah! -una niña de nuestra misma edad, rubia, con un gorro marrón escapaba de dos

niños mucho mayores que ella, que le estaban tirando bolas de nieve. Otra niña, de pelo negro y corto, probablemente amiga suya, salió en su ayuda, pero contra dos niños de ocho años, era imposible luchar. Decididas, Mel, Susan y yo no lo dudamos un momento. Comenzamos a tirar bolas de nieve a los abusones, consiguiendo que las otras dos niñas huyeran. Finalmente huímos todas juntas hasta que nos logramos esconder en una casita que había en el parque. Allí empezamos a presentarnos, y hablamos durante unos breves instantes.

-A mi me encantan las Barbies, en mi casa tengo seis -decía Alice.

-Yo sólo tengo dos -decía Susie.

-Pues yo tengo nueve -decía Mel.

Desde aquel día fuimos inseparables.

Me desperté. Eran las diez y media, la alarma de mi móvil había sonado. Mi madre acababa de salir del baño. Llamó a la enfermera, que me trajo el desayuno. Después de tomarme un vaso de leche y algunos cereales sin apenas apetito, la doctora vino a mi cuarto. Esta vez le relaté cómo había ocurrido el accidente, pero no pude reprimir las lágrimas. Cuando dejé de llorar, me dispuse a hacerle la pregunta que tanto deseaba evitar, pero cuya respuesta a la vez necesitaba saber.

-Doctora...¿Y...y mis amigas? ¿Cómo están? -no la miré al preguntárselo. Sabía que la respuesta se demoraría si era mala y no quería adivinarla por su mirada.

-Liz, mira...El accidente fué muy...

-¡No se ande con rodeos! ¡Dígame de una vez que ha pasado! -hasta yo me quedé sorprendida de lo alto que había hablado.

-Liz, lo siento mucho, pero han muerto todas menos una. Han muerto Susan Smith, Melanie Sanders, su padre, George Sanders, y Alice Paker. -Cada uno de esos nombres fue como una daga clavada en el corazón. Mi mente dejó de estar en esa sala. Mi respiración se detuvo, y las lágrimas empezaron a surgir. Los gemidos que salían de mi garganta eran atroces. Empecé a tirarme del pelo, a arañarme y darme golpes contra la cama. En ese momento no era dueña de mis emociones. Entre la doctora, la enfermera y mi madre me sujetaron a la cama y me suministraron un calmante. Conseguí calmarme media hora después, aunque seguía llorando y tenía los ojos rojos e hinchados. A mediodía mi padre vino a visitarme. Yo seguía sin hablar, pero la curiosidad me picaba como una pulga a un perro.

-¿Cuándo es su funeral? -mis padres se sobresaltaron con esa pregunta, y se miraron el uno al otro. Fue mi padre quién me contestó.

-Cariño, el funeral fue el día que te despertaste, por la tarde. Estabas demasiado débil para ir. Lo siento mucho. -Eso fué como un golpe, un puñetazo en mitad de la cara. De nuevo las lágrimas asomaron por mi rostro, pero esta vez fueron lágrimas de rabia.

-¿Por qué me habéis hecho esto? ¡Sabíais perfectamente que estaba bien! ¡Lo sabíais! No me permitisteis ni decirles adiós el día de su entierro. Ahora están todas a metros bajo tierra. -Mi madre se levantó dispuesta a consolarme- ¡Ni se te ocurra tocarme! ¡Os odio! ¡Fuera de aquí inmediatamente! -Mi madre intentó volver a acercarse, pero mi padre se lo impidió cogiéndola del brazo y sacándola fuera. Me quedé sólo, sólo con mi dolor. Llamé a la doctora a gritos. Irrumpió en la habitación con cara asustada. Se acercó hasta mi cama.

-Liz, ¿qué ha pasado?

-La he llamado para preguntarle dónde está Hannah. Y esta vez sin rodeos si no le importa.

-Hannah Widman está en cuidados intensivos. Siento decirte que sus heridas son bastante

graves y estamos haciendo todo lo que podemos. No estoy segura de que pueda sobrevivir. -Me acarició la mano como hacía mi padre cada vez que me enfadaba o estaba triste-Liz, ahora me tengo que ir, ¿vale? Volveré más tarde a ver cómo estás.

-No, por favor, no quiero estar sola. No me deje sola. -Supliqué.

-Liz, fuera están tus padres, puedo decirles que pasen.

-¡No! No quiero estar con ellos. Por favor dígalos que llamen a Paul, ellos ya saben quién es. -La doctora asintió con la cabeza y salió. Paul había sido mi mejor amigo desde hacía cuatro años. Desde entonces estaba enamorada de él, pero él no lo sabía.

Unos veinte minutos después de que mis padres hubieran llamado a Paul, él apareció. Primero habló con mis padres y después entró en mi habitación. Por muy triste que estuviera, al verle no podía reprimir una leve sonrisa. Me abrazó, y deseé que aquel abrazo no acabara nunca. Todos los problemas se desvanecían cuando estaba con él.

-Oh, Liz, lo siento, lo siento mucho. Sé cómo debes estar. -En ese momento dejó de abrazarme y me miró a los ojos, que por enésima vez en ese día se me llenaban de lágrimas.- Lo importante es que tu estés bien Liz, y me han dicho que Hannah está viva también.

-Paul, ¿es que no lo entiendes? Desearía estar...¡muerta! Muerta como Susie, Mel y Alice, para no tener que soportar este infierno. Si yo hubiera muerto en lugar de todas ellas, todo sería muchísimo mejor.- Me volvió a abrazar, y esta vez él cerró los ojos.

-¡No! -quedé sorprendida con el grito de Paul-. Lo siento mucho, pero siento decirte que si estás viva, si estás aquí, es por alguna razón. Doy gracias a Dios por que estés sana y salva. Además, ¿qué sería de este mundo sin la gran Liz? -no pude contener una pequeña risa.

-Me gusta que me hagas reír; sobre todo en momentos como este, necesito estar rodeada de buenos amigos, y como la mayor parte se han...ido; sólo me quedas tú.-Hice una breve pausa y miré hacia la ventana. Contemplé su reflejo, que miraba hacia las sábanas, con las que jugueteaba de forma distraída. Estaba embelesada mirándole, y en ese momento perdí la noción del tiempo por completo. Habrían sido cinco minutos, diez, como mucho los que pasamos en silencio, antes de darme cuenta de que me estaba mirando. Levanté la mirada hacia sus ojos. Serenos, llenos de luz y sinceros. Mantuvimos la mirada, profunda e intensa, hasta que escuchamos el sonido de la puerta al abrirse.

-Vaya, ¿interrumpo algo?

-No, pase. -Dijimos al unísono.

-Verás Liz, venía a decirte que tu amiga Hannah está despierta y si quieres puedes ir a visitarla, ¿qué me dices? -asentí ansiosa, y la doctora trajo una silla de ruedas. Entre ella y Paul me ayudaron a sentarme en ella. Me despedí de él con un corto abrazo y una fogosa e intensa mirada de nuevo.

Hannah, en efecto estaba en un estado muy grave. Su rostro estaba mucho más magullado en comparación con el mío. Tenía una brecha en la frente, que ya estaba cosida. Probablemente tendría más lesiones en las que a simple vista no se podía reparar. Sus ojos estaban cerrados en este momento.

-Hannah -susurré. Acaricé su mano y ella abrió sus débiles párpados.- Hannah, ¿qué tal estás? ¿cómo te encuentras?

-Liz...¿Dónde están? -su voz estaba debilitada, al igual que ella. Comprendí su pregunta al momento.

-Hannah, deja que hable yo, tú estás demasiado debil, ¿de acuerdo? -ella asintió levemente

con la cabeza.- Verás, el accidente fue al volver de la playa, tú y las demás estabais dormidas. El coche derrapó en una curva y volcó muy bruscamente. Después, yo desperté en el hospital, y me dieron una mala noticia. -Vacilé un momento antes de continuar.- Susie, Alice, Mel y su padre...murieron en el acto. Tú y yo nos salvamos.- Después de un breve instante, Hannah empezó a sollozar. Parecía como si las lágrimas le hicieran daño. La abracé.

-Ya está, ya está. Siento decirte que el funeral fue hace dos días. Yo no pude asistir, mis padres...mis padres no me dijeron nada, porque pensaban que estaba demasiado débil. ¿Cómo pudieron privarme del último adiós a ellas? ¿Cómo pudieron? -mis ojos estaban llenos de rabia.

-Lo siento mucho. Pero...mi situación era la misma, ¿no crees? -parecía que al pronunciar las palabras, se fatigaba.

-Hannah, tu situación es incomparable con la mía, tú estás mucho más grave, y yo sólo tenía una pierna y una costilla rota.-Comprendí que esa frase no le había sentado bien. Ciertamente, estábamos en una situación similar, salvo que ella estaba en un estado de salud considerablemente peor que el mío.- Lo siento Hannah, tienes razón. Me siento tan mal por todo esto que ni siquiera pienso en lo que digo.- Indicó con su mirada que no pasaba nada.

-¿Te importa...si cambiamos de tema? Si estas son mis últimas horas quiero pasarlas feliz, con la única amiga que me queda. -Le costó un gran esfuerzo pronunciar cada una de aquellas palabras. Me quedé de piedra; mi corazón dejó de latir por unos segundos. Estaba aterrorizada por lo que había dicho, pero también la admiraba. En situaciones como esa un adulto no habría estado tan sereno y tranquilo. Ella era valiente, me asombraba la forma en que afrontaba la muerte. Decidí cambiar de tema y no demorar más la espera de Hannah. Hablamos sobre nuestro pasado, nuestro futuro, sobre chicos, y sobre lo que había ocurrido con Paul (tema en el que puso mucho interés). Pasamos así la tarde, y esos momentos de charla en los que ella apenas interrumpía, nos unieron más que antes. Hannah me estaba ayudando a soportar la muerte de mis amigas, y yo la estaba ayudando a ella a soportar la suya propia, tan próxima como estaba.

A las nueve nos trajeron la cena a las dos, pero apenas comimos. Por muy entretenida que hubiera sido la tarde, ninguna de las dos estaba bien. Esa noche, me costó bastante dormir. Pensé en Paul, en la posibilidad de que yo le gustara. Pensé en mis amigas, dónde estarían en este momento, si me estaban viendo...Pensé en Hannah a la que probablemente, según los médicos, le quedaba cada vez menos. Había sufrido lesiones internas demasiado graves y no la podrían mantener con vida mucho tiempo. Eso me angustiaba cada vez mas, y no podía evitar sentirme sólo. Decidí hacer que cada día de aquí a su muerte, Hannah fuese más feliz. Eran ya finales de agosto, y el sol se ponía en Nueva York.

A la mañana siguiente me desperté a las ocho y media. Llamé a Paul que aún estaba en la cama y le pedí que me trajera las películas y los discos favoritos de Hannah. Mi plan había empezado.

Cuando me las trajo, a las diez, junto a mi ordenador, Hannah y yo empezamos viendo "La proposición" y "Postdata: Te quiero". Después empezamos a ver fotos anteriores, mientras escuchábamos a John Mayer y a Miley Cyrus. Por último, pedí por teléfono un par de hamburguesas para la hora de cenar. Las dos nos lo pasamos muy bien.

El día siguiente fue sábado y Hannah lo pasó con sus padres. Ese día me dieron el alta, y Paul propuso llevarme al campo, a hacer un picnic. Yo me negué en rotundo. Para ir al campo habría que ir en coche, y aún no estaba preparada para subirme a otro por el momento.

-Pensaré en algo que podamos hacer esta tarde, ¿vale? Tú quédate en casa y descansa.-
Abrió la puerta de la calle y salió.- Adiós, Liz.

-Adiós.- Me quedé sola en casa, viendo la televisión. Mis padres estaban trabajando, mucho mejor para mí; no me apetecía verlos en absoluto.

Paul me llamó sobre las cinco y media. Según me dijo, iríamos al cine y después me había preparado una sorpresa. Me arreglé un poco y esperé a que me viniera a buscar. El cine no quedaba muy lejos de mi casa, por lo que decidimos caminar hasta allí. Al salir del cine me llevó a *su sorpresa*. Fuimos a su casa, yo con los ojos vendados. Allí encontré en el balcón, una mesa preparada para cenar. Las vistas eran preciosas, y la cena transcurrió tranquila hasta que el cielo se cubrió de estrellas. Paul se levantó y puso el radio-casette. Sonaba mi canción, Free Fallin. Retiró la mesa, y me ayudó a levantarme. Con la pierna rota parecía un pato mareado cuando bailaba, pero eso no me importó. Esa noche no podía ser más perfecta. Apoyé la cabeza en su pecho, y él me agarró fuerte de la cintura. Podía escuchar su latido alterado, al igual que el mío.

-¿Por qué haces todo esto por mí, Paul?

-Porque te quiero. -La música acabó. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Ardían de emoción, como suponía que harían los míos. Me separé de él.

-Es ya muy tarde, creo que debería irme. Gracias por todo.

-¿Ya te vas? Bueno, creo que alguien debería acompañarte. ¿Qué tal si yo...?

-¡No! No, gracias, llamaré a mi padre.- Pasé torpemente por la puerta de la caye y me fui.

Una vez en mi casa, me di cuenta de que había sido tonta yéndome de aquella manera. El miedo había dominado mi cuerpo y reaccioné así, repeliendo a Paul por miedo. Por miedo a besarle y que él se diera cuenta de que no me quería, por miedo a que todo se estropeará. Por segunda noche consecutiva, apenas dormí.

Al día siguiente fui al hospital, necesitaba hablar con Hannah. Le conté lo que había pasado, y se mostró muy sorprendida.

-Lo peor es que tengo dudas sobre lo mucho que cambiaría todo. Hemos sido amigos desde los doce años, y no quiero que todo eso acabe por un te quiero al oído.

-Liz...¿Tú sabes lo que quieres? -su voz era quebradiza de nuevo. Pensé la respuesta a su pregunta.

-Sí, quiero que todo sea como antes, quiero tener a Paul como un amigo nada más, y quiero que vuelvan mis amigas, aunque sea imposible.

-Pero...tú quieres a Paul, ¿no es verdad?

-Sí. Demasiado como para romper nuestra amistad.

-Él también te quiere. No te ha dicho eso por nada. Te quiere y quiere algo más que amistad.

-Tienes razón. Hablaré con él. Gracias Hannah, has hecho mucho por mí.- Su expresión cambió de repente. Era de dolor, de dolor extremo.- Hannah...¡Hannah! ¿Qué te ocurre? Por favor, no me dejes. -En la pantalla del electrocardiógrafo se veía una línea recta y se escuchaba un continuo e irritante pitido. Un doctor y unas enfermeras entraron en la habitación. Me pedían que saliera, pero yo no podía separarme de ella. Me sacaron a rastras

de la habitación.

Se oía el sonido de un desfibrilador. El pitido no cambiaba. Las lágrimas que salían de mis ojos eran demasiadas como para poder controlarlas. Me tapaba los oídos para no escuchar el pitido, pero seguía oyéndolo. Otra vez el desfibrilador; el pitido siguió igual. De nuevo el desfibrilador; el pitido continuó.

-La hemos perdido -dijo un médico.

-¡No! -aquel grito debió de escucharse en todo el hospital.

Fué descorazonador para mí perder a Hannah. Ella había sido como una ventana abierta, cuando una puerta se cierra. Había sido como una mano que me ayudó a levantarme. Había sido como una respuesta a mi S.O.S. desesperado.

Ya han pasado dos meses desde que aquello ocurrió. Es sábado, veintitrés de octubre. Ahora paseo con Paul por Central Park. Paramos junto a un banco.

-¿Te ha gustado mi regalo de cumpleaños? -Asiento. Miro mi muñeca; una pulsera de plata con un osito colgando. Era como la que llevaba el día del accidente y que había perdido. Paul sabía el aprecio que le tenía y me había comprado una igual.

-Paul, deberíamos hablar...

-¿Qué pasa?

-Mira, he estado pensando en lo que me dijiste aquel día, en tu casa, cuando estuvimos...bailando. -Bajo la vista. No puedo reprimir una sonrisa.

-Lo que dije era totalmente cierto. Y si tu no...sientes lo mismo, no pasa nada, podemos seguir siendo amigos.

-Pero lo que pasa, es que sí que siento lo mismo.

Él me coge la mano. Yo sigo mirando al suelo. Alza mi rostro con su mano, apollándola en mi barbilla. Me besa.

Aquel beso me llenó de alegría, una alegría que no sentía desde el accidente.

-Prométeme que tú nunca te irás. -dije.

-Liz, nunca te dejaré. Nunca. Siempre estaré aquí. Y ellas también. -Dice él, señalando mi corazón.- Esto es un bonito final, ¿no crees?

-No, no es un final. Es el principio de algo nuevo, de una Liz nueva. -Sonreí. Él también sonrió.

Allí, en Central Park al atardecer me sumí en otro beso mágico, mientras unos metros más allá unos chicos escuchaban la canción *Don't worry, be happy*.